

caídas de indiscutible mal gusto, por las cuales se pasa como algo muy natural. Anotamos algunas: "El océano es entonces un ser pro-teico y furibundo, que atrae como los ojos de la serpiente"; "rítmicos, los faros parpadean su muda canción"; "las gotas ponen su fina vi-ruela sobre las hojas del Misal". Para qué decir del empleo del vul-garismo "reina": "reina la oscuridad". No vale la pena detenerse en estos giros. Hernán Poblete Varas es periodista, y ello lo justifica todo. Por eso su libro es tanto más interesante y ameno cuanto menos "literatura" hace.

Según advierte en nota inicial, él se limitó a ver y a escribir lo que ha visto. "He procurado —dice— acercarme más al corazón de las gentes y los pueblos que he conocido, que a las estadísticas. Con perdón de sociólogos y economistas, he preferido acercarme al hom-bre de la calle más que a los estadistas y peritos. La brevedad del tiempo obligaba a escoger entre los números y la humanidad. He escogido esta última".

Cumplió Hernán Poblete Varas su propósito. Ha escrito relatos sobre el oriente impregnados de humanidad, de calor, de juventud. En su compañía hemos realizado este magnífico viaje que ha de vivir en nuestro recuerdo tan profundamente como las sensaciones por él experimentadas.—M. R.



"PANORAMA DE LA NOVELA CHILENA", por *Raúl Silva Castro*.

Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica,

México, 1955. 224 páginas

El libro de Raúl Silva Castro confirma algo que cualquiera pue-de observar: nuestra literatura de ficción ha alcanzado, con el medio siglo, madurez halagadora, de la cual se desprende una creciente ne-cesidad de asediarla, desentrañarla en sus líneas principales y sus problemas más frecuentes. Varios críticos han tomado conciencia de esta necesidad; en los últimos dos años han aparecido algunos libros

que pueden considerarse iniciadores de esta revisión de nuestros valores literarios: el de Fernando Alegría sobre la poesía chilena, el de don Hernán Díaz Arrieta, cuya amenidad encubre numerosos desvíos superficiales, y la obra, más pedagógica y sistematizada, de los profesores Hugo Montes y Julio Orlandi. Existen, también, las promesas de historias de la literatura nacional por los críticos Ricardo A. Latcham y Raúl Silva Castro. El libro del último, editado en México por el "Fondo de Cultura Económica", es parte desglosada de esa obra en preparación y en él se intenta el estudio de la narrativa nacional, tomando como punto de partida a don José Victorino Lastarria. A ese modo de comienzo va nuestra primera objeción. Los estudios sobre las literaturas de América están ya clarificados de modo suficiente y entre los géneros que más atención han merecido hasta aquí figura, en primer término, la novela. La novela en América ha sido observada desde ángulos variadísimos y por críticos de la orientación más disímil. Ninguno desconoce que con anterioridad a los primeros años del XIX —exactamente 1816, en que aparece en parte *El Periquillo Sarniento*, de J. J. Fernández de Lizardi, iniciador de la novela en América— hay un caudaloso material que puede considerarse forma preliminar de novela y se halla contenido en la prosa y hasta en la poesía narrativa coloniales. Largamente se estudian, por ejemplo, en el reciente libro de Arturo Uslar-Pietri: *Breve historia de la novela hispanoamericana*. El aserto es válido para Colombia, Perú, México y, por cierto, Chile. En general, para los países que tienen representación cronística. El señor Silva Castro no debió marginar, por caso, *El cautiverio feliz*, de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Hay en su obra sobrados elementos de esos que Sánchez ha llamado con acierto "protonovela colonial". Con omisión, pues, de esos elementos de antenovela, el libro de Silva Castro abarca el período 1853-1954, es decir, unos cien años en que el género ha llegado a insospechadas posibilidades. Después de ese primer reparo, aún otro: faltan en este *Panorama de la Novela Chilena*, por lo general, las relaciones de los sucesos y fenómenos literarios con los procesos culturales, políticos, económicos y sociales que han sido

sustento y generadores de ciertos núcleos de nuestra narrativa, atenta, por cierto, en gran porción, a los problemas que el hombre vive. O sea, que el fenómeno o la dirección literarios aparecen separados de sus condicionantes. Modelo en ese sentido es un libro incluido en la misma colección en que aparece el de Silva Castro; nos referimos a *La novela ecuatoriana*, de Angel F. Rojas, buen novelista de Ecuador. De haber procedido de modo semejante al de Rojas, Silva Castro nos habría entregado un panorama más entero y más acorde con los diversos hitos de nuestro desarrollo, cuyo reflejo, como es de suponer, se manifiesta en las obras de ficción, sobre todo en las del siglo XX. Todavía un tercer reparo, que no intenta anular el indudable valor que este *Panorama...* posee desde su aparición: a lo largo del libro, como es de suponer, se hacen innumerables referencias a las principales novelas de los siglos XIX y XX, a la vez que se intentan sus análisis. Estos generalmente se basan en lo argumental y el "riesgo crítico" se soluciona acudiendo a un juicio ajeno, lo que da a la obra cierta nota de improvisación o cierto aire de libro en primera y no definitiva forma. No puede dispensarse esto por tratarse, como indica el autor en la introducción, de páginas desglosadas de una obra mayor, la *Historia literaria de Chile*, que prepara desde hace años. Ni puede dispensarse tratándose de un crítico de experiencia tan vasta como Silva Castro. Fuera de la referencia argumental y de alguna que otra nota, el análisis resulta flojo: el autor parece evitar un contacto más íntimo con la materia novelesca que tiene entre manos y nada dice, en concreto, sobre algunos procedimientos técnicos de Latorre, de María Luisa Bombal, o de Manuel Rojas o Daniel Belmar. Falta, pues, la individualización técnica de los autores estudiados; su ausencia no se explica, aunque se trate de un panorama, como el título lo indica.

Vistas esas pequeñas objeciones que, ausentes, elevarían la calidad del estudio, es necesario realzar sus méritos, atendiendo, en primer término, a la investigación acuciosa y al esfuerzo de haber trabajado incluso con material inédito o desconocido. No menos importante es disponer, desde ahora, de un volumen que es fruto de largo

estudio, escrito por un especialista y provisto siempre del correspondiente aparato erudito, necesario para ulteriores ampliaciones por parte del lector interesado o del estudioso. Sobre la novela chilena de nuestro siglo no existe, en verdad, una obra de consulta. Algunas tesis que no pueden consultarse fácilmente y el libro de Luis Ignacio Silva, *La novela en Chile* (1910), dan una idea del incompleto estudio que hasta aquí se había realizado de tan importante capítulo de nuestra expresión literaria. Termina la obra, pues, con un vacío lamentable. En sus diecisiete capítulos Silva Castro estudia, desde la producción del que considera precursor de la narración en Chile, hasta los novelistas "de la nueva generación", entre los cuales se han omitido nombres como el de Mario Espinoza, Baltasar Castro y Mario Bahamonde. Algunos autores han sido tratados de modo excelente por Silva Castro. Por ejemplo, Blest Gana —tema de la especialidad del autor en dos buenos libros, el último de los cuales es refundición abreviada del primero—, autor que merece los capítulos segundo y quinto, pues se le estudia en sus dos épocas; asimismo, la silueta artística de Eduardo Barrios es de gran calidad y el autor no le regatea su admiración, por demás merecida desde el punto de vista literario. "En la literatura chilena moderna —escribe Silva Castro, página 117— el gran nombre del novelista, el primero a quien ha podido compararse con justicia y sin hipérbole a Blest Gana, es Eduardo Barrios". Orrego Luco, Edwards Bello, Maluenda y Prado, Latorre, Santiván y Durand, fuera de otros, merecen muy acertados enfoques de Silva Castro.

En el capítulo final suceden cosas interesantes: se estudia al núcleo de novelistas que por hoy son el frente de mayor producción y aquellos que están en plena labor de expresar la problemática del chileno actual. En dicho capítulo se observa la labor de Marta Brunet, Rubén Azócar, Lautaro Yankas, Diego Muñoz, Leoncio Guerrero, Francisco Coloane, Oscar Castro, Reinaldo Lomboy, Nicomedes Guzmán y Daniel Belmar. Causa sorpresa que a Belmar y Guzmán, buenos representantes de nuestra novela actual, se les estudie en quince líneas, mientras merece un capítulo María Flora Yáñez y

no lo tienen María Luisa Bombal ni Marta Brunet. Falta un balance final del estudio y respuestas a preguntas tan inquietantes como éstas: ¿Qué han hecho los novelistas de Chile desde el momento en que el género empieza a tener representación? ¿Cuáles han sido los temas y las preocupaciones principales? ¿Qué sucesos sociales, económicos y políticos han empujado la imaginación de nuestros pro-sistas? ¿Qué porvenir puede augurarse, con representación de más de un siglo, a nuestra literatura de ficción; qué problemas se están abandonando y cuáles surgen en la actualidad de modo más intenso? La dirección social de nuestra narrativa, ¿qué semejanzas o diferencias ofrece respecto de novelística parecida en las naciones vecinas? Etcétera. Esta ausencia de lo problemático en el libro de Silva Castro le confiere cierto estatismo, pero no disminuye sus reales méritos, que son numerosos. Desde luego, se puede recomendar sin ambages por el vacío que con él concluye y la nueva luz que trae.—*Juan Loveluck.*



“UN FESTÍN PARA ADALBERTO”, de *Jorge Onfray*. Santiago de Chile, 1956

Sin duda, a Marcel Proust le debemos la técnica literaria y la fruición de evocar los hechos que ya fueron. Unas veces será el tiempo perdido. Otras, los mínimos lapsos de vida que se van proyectando hacia el porvenir. En ambas posturas hay un placer por el detalle minúsculo, por las vibraciones que van formando la totalidad del vivir del hombre, con sus fantasmas y con sus visibles y concretas circunstancias.

Cuando una obra literaria fluye con lentitud, con cierta morosidad, pensamos en Proust y en Joyce. Aunque, muchas veces, ese pensamiento no tenga otras razones que las de una resonancia sensible.

Jorge Onfray ha escrito una obra de finas irisaciones irónicas. Con frecuencia, esboza la fuga poética. Pero la idea fija de seguir